

LOS ESTADOS CONFEDERADOS Y MÉXICO

Richard Blaine McCORNACK

EL TEMA DE LOS ESFUERZOS por entablar relaciones diplomáticas entre los "Estados Confederados de América" y los distintos gobiernos de México, federales y locales, ha recibido alguna atención por parte de los historiadores norteamericanos,¹ pero ha sido casi totalmente desatendido en México. Si el Sur hubiese podido mantenerse independiente del Norte, la historia toda de México habría cambiado en gran medida. Teniendo como vecino un gobierno empeñado en perpetuar la institución de la esclavitud, y con políticos que no ocultaban su ambición de extender el territorio de los Estados Confederados hacia el Sur, a expensas de México, las relaciones entre este país y la Confederación habrían adquirido capital importancia en los años subsecuentes a la Guerra Civil.

En vista de ello, vale la pena examinar el intento de establecer estas relaciones, y, en aquellas que de hecho se entablaron, tratar de descubrir cuál habría sido la posición de México frente a los Estados Confederados en caso de haber salido éstos victoriosos en la Guerra.

El origen de la actitud de la Confederación hacia México puede verse en una carta escrita en Washington, el 20 de marzo de 1861, por John Forsyth, antiguo embajador de los Estados Unidos en México durante el gobierno de Comonfort, y dirigida a Jefferson Davis, presidente de los Estados Confederados. Forsyth era uno de los delegados confederados que trataban en aquel momento de negociar ante el gobierno de Washington el reconocimiento pacífico de la Confederación. Manifestaba en esa carta su preocupación por el hecho de que el gobierno de Washington acababa de nombrar embajador en México a Thomas Corwin, cuyo "célebre discurso durante la Guerra Mexicana probó su deslealtad a los Estados Unidos y lo hará persona particularmente grata a

los mexicanos".² La carta proseguía diciendo que ya Forsyth había tomado medidas para crear en México un ambiente desfavorable al Norte:

Se han hecho ya insinuaciones a Juárez, Lerdo de Tejada, Zarco y otros destacados políticos mexicanos, haciéndoles ver que sus verdaderos intereses aconsejan que cultiven una buena inteligencia con el gobierno del Sur; que por influencia de los republicanos del Norte que ahora están en el poder, cuando los Estados Unidos eran fuertes y prósperos y los liberales mexicanos débiles y necesitados, las proposiciones de éstos últimos para lograr relaciones comerciales y políticas más estrechas fueron recibidas fríamente, y ahora esos mismos altivos caballeros que desatendieron a México porque el *Sur* iba a ser el beneficiario de la propuesta negociación, hallándose a su vez necesitados, están a punto de pedir a México que entable unas negociaciones rechazadas antes desdeñosamente.

Forsyth prevenía luego al presidente Davis sobre la política que seguiría el gobierno de Lincoln: ante todo, trataría de aumentar los prejuicios anti-esclavistas en México, y además monopolizaría los mercados mexicanos como compensación parcial por la pérdida de los Estados del Sur. Proseguía diciendo que consideraba imprudente enviar a México un embajador confederado, porque el riesgo de un desaire no se desquitaría con el reconocimiento que podría venir más tarde. Recomendaba más bien que se nombrase un agente secreto, y proponía al coronel John T. Pickett como persona "excelentemente capacitada para desempeñar una misión tan delicada e importante". Forsyth incluía una carta de Pickett en la que éste esbozaba sus puntos de vista sobre México.

¿QUIÉN ERA ESTE PICKETT a quien los nacientes Estados Confederados encomendaban la difícil misión de entablar relaciones con una nación de cuyo favor oficial se encontraban de repente tan gravemente necesitados? El coronel John T. Pickett era un filibustero sureño del tipo de William Walker. Había sido "general" en el ejército del nacionalista húngaro Kossuth, y había tomado parte en la expedición de Narciso López a Cuba. Para su nombramiento en México contaba además con los méritos de haber actuado como cónsul de los Estados Unidos en Veracruz en el tiempo en que John

Forsyth era embajador en México.³ La intimidad de ambos en esa época fue lo que motivó el nombramiento de Pickett como secretario de la comisión confederada en Washington a principios de 1861 y la carta de recomendación que a su favor dirigió Forsyth a Jefferson Davis.

La carta de Pickett a Forsyth (de 13 de marzo de 1861) no daba lugar a dudas en cuanto a sus intenciones sobre México; esta carta quedó en poder del gobierno del Sur, de modo que, con el nombramiento del Coronel, se daba a entender la aceptación oficial de sus puntos de vista. Según Pickett, el gobierno que había entonces en México no sería duradero, “ni habrá perfecta restauración de la tranquilidad mientras México esté gobernado o pretenda estar gobernado únicamente por mexicanos. Sólo la intervención extranjera, ejercida en una u otra forma, sería capaz de dar a ese perturbado país la paz absoluta”. La culpa de tal situación la tenían la corrupción en el manejo de la cosa pública, la grosera ignorancia y superstición del pueblo y el “hábito incurable de la revolución”. Pickett decía que el Norte haría un esfuerzo total por dominar el territorio azucarero y algodonero de México, a fin de compensar la pérdida de las zonas azucareras y algodoneras del Sur, y no dejaría sin ensayar medio alguno “para excluírnos por siempre de nuestra herencia natural en aquella parte, y de ese modo realizar su tan acariciado proyecto de rodear los Estados en que priva la servidumbre africana con un cordón de florecientes estados anti-esclavistas”. Pickett recomendaba al presidente Davis que enviara a México un agente secreto, provisto de credenciales que presentaría al gobierno de Juárez sólo en caso de que sobreviniesen ciertas contingencias, como por ejemplo un pacto con México en que éste se comprometiera a no firmar con los Estados Unidos tratado o acuerdo alguno que pudiese perjudicar “nuestros derechos como vecinos y amigos”. Más adelante el Sur tendría que lograr “un tratado de extradición para entregar los fugitivos de la justicia o del trabajo”; en esto último debería insistirse aun a riesgo de una ruptura con México.

Pickett afirmaba que, con un poco de habilidad, el agente especial confederado podría destacar “en su verdadero carácter

la intromisión yanqui y su fanatismo puritano, en ese país eminentemente católico donde la Iglesia no está en modo alguno cruzada de brazos". Y añadía:

Si el llamado partido liberal intenta llevar a cabo con los Estados Unidos algún convenio que vaya contra nuestra dignidad o nuestros intereses, me apresuro a decir que sería ventajoso para nosotros apoyar inmediatamente al partido conservador y ayudarle a restablecer a sus caudillos en el poder.

Me parece innecesario hacer algo más que una alusión, en esta apresurada nota, a las inmensas ventajas que los Estados Confederados recibirían en lo futuro de los ilimitados recursos agrícolas y minerales de México, así como de la posesión del inapreciable tránsito interoceánico del Istmo de Tehuantepec.⁴ Hacia el Sur está nuestro destino, y no debemos mirar con indiferencia los muy manifiestos designios de nuestros enemigos en aquella parte.⁵

Estas cartas sobre las relaciones de la Confederación con México descansaban en la mesa de los funcionarios confederados en Montgomery, Alabama, cuando el 14 de abril rompieron fuego las armas confederadas en Charleston, Carolina del Sur, contra Fort Sumter, iniciándose así la Guerra Civil. Esto obligó a los Estados Confederados a desistir de su afán de obtener el reconocimiento pacífico de su independencia por parte de los Estados Unidos, y a iniciar una serie de desesperados e infructuosos esfuerzos, durante cuatro años, por lograr relaciones de amistad y el reconocimiento de gobiernos extranjeros, entre ellos México. Para iniciar las relaciones diplomáticas con este último país se nombró a John T. Pickett como "agente de los Estados Confederados ante el gobierno de México", y se le proveyó de una serie de instrucciones que el 17 de mayo de 1861 le entregó Robert Toombs, secretario de Estado. Pickett debía marcharse a México con la mayor rapidez, y expresar al gobierno el deseo que tenía el Sur de cultivar las relaciones más amistosas con los mexicanos. Debería, asimismo, informar sobre la existencia de los Estados Confederados como nación independiente. Si acaso el gobierno mexicano manifestaba deseos de concertar alguna alianza, le haría saber la buena voluntad del gobierno confederado de firmar un pacto de amistad, comercio y navegación en condi-

ciones igualmente ventajosas para ambos países. Las razones que México debería considerar para interesarse por esa alianza se exponían así en las instrucciones:

La población de los Estados Confederados y la de México se dedican principalmente a empresas agrícolas y mineras, y por lo tanto sus intereses son homogéneos. La existencia de la esclavitud doméstica en uno de los países y la del peonaje en el otro establece entre ellos tal semejanza en sus sistemas de trabajo, que impediría en uno de ellos cualquier tendencia a desestimar los sentimientos e intereses del otro. Sería ventajoso, tanto para el pueblo mexicano como para el de los Estados Confederados, comprar las mercancías más baratas y utilizar los fletes más económicos; esto, naturalmente, crearía una armonía de intereses que conduciría a relaciones comerciales más estrechas, así como a una cordial cooperación diplomática.

La colindancia de México con los Estados Confederados facilita la existencia de una alianza amistosa, la cual sería de suma importancia para el primero. Si los Estados Confederados ofrecen a México garantías contra una invasión extranjera, es evidente que podrán hacerlo más rápida y eficazmente que otra nación más distante.⁶

Las instrucciones advertían a Pickett que los Estados Unidos habían enviado recientemente un agente diplomático (Corwin) a México con el fin indudable de concertar un tratado de unión y evitar la realización de cualquier alianza con los Estados Confederados. Se le decía al Coronel que no diera ningún consejo ni protestara contra esa iniciativa si el gobierno mexicano la tomaba. Sin embargo, se añadía que los Estados Confederados exigirían que un tratado de tal naturaleza con los Estados Unidos se mantuviese dentro de una estricta neutralidad hacia la Confederación. "La concesión a los Estados Unidos de ventajas comerciales, políticas o territoriales que no se hayan otorgado a los Estados Confederados, sería tomada por este Gobierno como prueba de una actitud hostil por parte de México, lo que sinceramente deploraría y contra lo cual protestaría de la manera más pronta y enérgica." Finalmente, se le ordenaba a Pickett que vigilase a Corwin e impidiese "que, a insinuación suya, México tomara alguna resolución contraria a los intereses de los Estados Confederados, dándoles así causa justificada para sus-

pender las relaciones de amistad y vecindad que de manera fervorosa desea el gobierno mantener y acrecentar”.

Pickett no tenía que solicitar el reconocimiento formal, pero, en caso de que México quisiera concederlo, expresaría que el gobierno del Sur aceptaría gustoso un intercambio de embajadores. Tampoco debería insistir en una recepción oficial, pero si el gobierno mexicano manifestaba deseos de entrar en relaciones extraoficiales con él, debería avenirse a ello, ya que el gobierno confederado prefería “posponer las formalidades cuando al obrar así se alcanzaban los objetivos sustanciales de su misión”. Pickett debía hacer propaganda por la causa del Sur entre los comerciantes extranjeros de México. Debía también “tomar el pulso” a los comerciantes y navieros sobre cuestiones de corso, y, si mostraban algún interés en el asunto, podría enterarlos de su facultad para conceder patentes de corso; a este fin se le proveyó de veinte formularios de concesiones. Podría también nombrar agentes confederados en otros puntos de México, pero sujetos a la aprobación del gobierno confederado. Se confiaba en que el gobierno de México permitiría a los barcos de guerra confederados llevar sus presas a puertos mexicanos, y Pickett tenía instrucciones de solicitar este permiso. Finalmente, el agente secreto tenía que recordarle al gobierno mexicano “que los estadistas y diplomáticos del Sur, desde los días de Henry Clay hasta el presente, han sido siempre los primeros amigos de México, y que este país podía siempre confiar en la buena voluntad y amistosa mediación de los Estados Confederados para ayudarle a mantener aquellos principios de libertad constitucional que México había sostenido con tan buena fortuna”.⁷ Estas instrucciones, debemos recordar, se ponían en manos de quien iba a representar en México a un gobierno que tenía en su poder una carta en que ese mismo hombre declaraba que los mexicanos no eran capaces de gobernarse a sí mismos, que sólo la intervención extranjera garantizaría la paz en México, y que el destino de los Estados Confederados estaba en su expansión *hacia el Sur*.

Anejas a estas instrucciones se hallaban otras de carácter personal: testimonio del sueldo de Pickett, que ascendía a 4,500 dólares; una carta de Toombs al Secretario mexicano

de Relaciones Exteriores, presentando a Pickett como “agente confidencial de los Estados Confederados ante el gobierno de México”, y un pasaporte en que se pedía a todas las autoridades que permitiesen pasar a Pickett “libremente y sin molestias”.⁸

En el archivo de Pickett, y adjunto a la copia de sus instrucciones oficiales, hay un memorandum con apuntes suyos sobre esas instrucciones. Aunque tiene también fecha 17 de mayo de 1861, parece en realidad redactado para servir de base a las instrucciones del gobierno confederado, y que la versión definitiva de éstas no es sino el mismo memorandum de Pickett, después de discutido y modificado. De todos modos resulta interesante destacar ciertos puntos en que las ideas de Pickett difieren de las de su gobierno o van más lejos. Pickett consideraba que muy bien podría despertar entre los comerciantes europeos de Veracruz el interés por la actividad corsaria. Logrado esto, se dirigiría a la capital, donde se proponía valerse de sus relaciones personales con miembros del gobierno, especialmente con el presidente Juárez, “para lograr en su capacidad oficial una acogida favorable, tras lo cual presentaría sus credenciales y se dedicaría de lleno a perseguir los importantes objetivos de su misión”. Es evidente que Pickett no preveía dificultades para su recepción.

Una vez recibido —sigue diciendo—, manifestaría al gobierno de México que los Estados del Sur, “incapaces de sufrir por más tiempo las usurpaciones del poder federal, violatorias de la Constitución, habían resuelto arrojar el yugo del despotismo central en Washington y estaban empeñados ahora en una guerra de independencia”; que habían formado una alianza ofensiva y defensiva, que se sentían seguros de su capacidad para mantener su independencia y deseaban a la vez cultivar relaciones de amistad y buena voluntad con todas las naciones de la tierra, especialmente con su vecino más cercano, “cuya historia está llena de episodios semejantes a los que ahora conmueven a los Estados Confederados”. Se proponía tratar con sutileza el asunto de la oposición del Norte a los tratados comerciales que se habían negociado anteriormente con México, y abordar también la cuestión de los saqueos fronterizos. Pedía que se le dieran fondos para comprar o contratar armas

de guerra, las cuales "pueden conseguirse en cantidad no despreciable ahora que existe relativa tranquilidad en el país". También solicitaba dinero para obtener informes importantes, y al fin decía con cinismo: "Un millón de dólares, poco más o menos, juiciosamente empleados, nos compraría el reconocimiento del gobierno. Los mexicanos no son demasiado escrupulosos, y en este preciso momento no es nuestra misión endeerezar su moral." ⁹

Provisto de instrucciones oficiales y de sus observaciones sobre ellas, y, lo que es más importante, penetrado de actitudes y prejuicios hondamente grabados en su espíritu sobre la nación que estaba a punto de visitar, dirigióse a México el agente secreto.

EL PRIMER PASO QUE DIO Pickett después de su llegada a Veracruz a principios de junio, fue escribir una carta a José M. Mata, cuya amistad —así confiaba Pickett— le allanaría el camino para un pronto reconocimiento. En esa carta recalca la semejanza existente entre la institución de la esclavitud y la del peonaje, y se esforzaba por identificar a la Confederación con Juárez y los liberales, a la vez que comparaba a los conservadores con el gobierno de Washington, al cual acusaba de haber intentado subvertir la Constitución.¹⁰ Después celebró una entrevista con Ignacio de la Llave, gobernador de Veracruz, en la que procuró poner de relieve la doctrina de los "derechos estatales" propugnados por los Estados del Sur, pues esperaba impresionar con ello al gobernador local. De la Llave respondió que los barcos de la Unión y los de la Confederación recibirían igual trato en el puerto de Veracruz, añadiendo que las cuestiones que el agente planteaba no eran de política local, sino más bien nacional.¹¹

Pickett prosiguió a la capital, a donde llegó en los primeros días de julio. Aquí permaneció por espacio de siete meses escribiendo a su gobierno innumerables mensajes, de los cuales casi ninguno llegó a la capital sureña, trasladada ya de Montgomery a Richmond. En la ciudad de México se encontró con que el embajador de los Estados Unidos había estado muy activo, procurando ganar la simpatía del presidente Juárez y de su gobierno para la causa del Norte. Corwin alcanzó

en esto magníficos resultados, y Pickett, por el contrario, sufrió continuas frustraciones y desaires, lo cual le hizo adoptar una conducta cada vez más indiscreta. En su primer informe desde México le decía a Toombs que, cuando alguien le preguntaba si su misión principal era lograr que México reconociera a la Confederación, él contestaba: "Por el contrario, mi tarea es reconocer yo a México, siempre y cuando pueda encontrar un gobierno que dure lo bastante."¹² Al saber que algunos oficiales mexicanos intentaban ofrecer sus servicios al Norte —dice—, "les he expresado mi esperanza de que todos vayan, lamentando sólo que la oficialidad del ejército de los Estados Unidos no provenga toda de México. Añadí que deberían cuidarse mucho para no caer prisioneros del Sur, cosa que de seguro ocurriría, pues se encontrarían, quizá por primera vez en la vida, empleados provechosamente en faenas agrícolas, esto es, sembrando maíz y recogiendo algodón".¹³ Por supuesto, tan burdas indiscreciones fueron recogidas por el embajador de los Estados Unidos y divulgadas cuidadosamente a los cuatro vientos, lo cual perjudicó muchísimo a las escasas probabilidades que tenía Pickett de triunfar en su misión.

Por los buenos oficios de John S. Cripps, hombre de Carolina del Sur a quien Pickett puso inmediatamente en su nómina con 100 dólares mensuales de sueldo,¹⁴ Zamacona, secretario de Gobernación, recibió a Pickett en una entrevista privada y extraoficial. No obstante, Zamacona consintió en aceptar las credenciales de Pickett, con una copia de sus instrucciones. Fué en esta ocasión cuando más cerca estuvieron los Estados de la Confederación de lograr el reconocimiento de una potencia extranjera. Zamacona hizo hincapié en que México permanecería neutral en la guerra y conservaría su amistad para con ambas partes.¹⁵ Poco después de la entrevista, Pickett protestó porque México dió licencia para que unas tropas de los Estados Unidos pasaran de California a Arizona a través de Sonora. Zamacona respondió que el gobierno mexicano desconocía que la Confederación reclamase a Arizona, y al mismo tiempo le repitió sus seguridades de amistad y neutralidad. Envió igualmente a Pickett una carta contestando a la de presentación de Toombs.¹⁶ Ésta fué la

única correspondencia oficial que se cruzó entre el gobierno de México y el de los Estados Confederados.

Pickett estaba perfectamente al tanto de las gestiones que en esos momentos se llevaban a cabo entre el gobierno mexicano y el embajador de los Estados Unidos para negociar un tratado mediante el cual los Estados Unidos prestarían a México la suma de once millones de dólares, que le permitirían pagar parte de su deuda en Europa y desembarazarse así de la amenaza de invasión europea. Pickett pensó cuidadosamente en la posibilidad de una contra-oferta que neutralizase el gesto simpático de los Estados Unidos. En septiembre le comunicó a Zamacona el resultado de sus reflexiones. La Confederación, decía, tiene más territorio del que podría necesitar en cien años. En lugar de adquirir más tierras de México, "el infrascrito se regocijaría de recibir y transmitir a Richmond proposiciones para la retrocesión a México de gran parte del territorio que hasta ahora han adquirido de este país los ex-Estados Unidos". La Confederación —protestaba— no podía ser indiferente a la adquisición de territorio mexicano por parte de los Estados Unidos. Al explicarle al gobierno confederado tan asombrosa proposición, Pickett aclaraba que se trataba sólo de una treta para confundir a los mexicanos, quienes se habían dejado convencer por el embajador yanqui de que el Sur estaba ansioso de adquirir territorio de México. Pickett continuaba: "Mi ofrecimiento de aceptar y remitir a Richmond proposiciones para la retrocesión a México de gran porción de su territorio, adquirido hasta ahora por los ex-Estados Unidos, quiere decir exactamente eso, ni más ni menos. Experimento una torva satisfacción imaginándome la clase de contestación que podría darse a tan embarazosa propuesta." ¹⁷ Contaba Pickett con las interminables dilaciones que habría, y esperaba sacar el mayor partido posible de una oferta que, como bien le constaba, el gobierno confederado tendría que rechazar.

Esta maquiavélica diplomacia nacía de su convicción de que el gobierno de Juárez se inclinaba cada vez más a la causa del Norte. Comenzó a instar a su gobierno para que declarase el paso de las tropas yanquis por Sonora como un acto hostil y lo tomase como pretexto para lanzar un ataque en el

Norte de México.¹⁸ Pickett sentía en la capital de México un creciente sentimiento de hostilidad y aislamiento; esto lo llevó a hacer repetidas veces acusaciones públicas contra el gobierno mexicano, y provocó al fin el incidente que motivó su deportación de México.

EL 30 DE OCTUBRE recibió Pickett de su gobierno un telegrama en que se le comunicaban las victorias del Sur y se le decía que Mason y Slidell, agentes confederados en Europa, habían llegado a salvo a La Habana después de violar el bloqueo del Norte. Pickett aprovechó la ocasión para celebrar una fiesta con sus paisanos sureños residentes en la ciudad de México. Pero al saber que cierto Bennett, "vendedor de píldoras" que simpatizaba con el Norte, había expresado dudas sobre las felices nuevas propaladas por Pickett, se dispuso a defender su honor y el de su país, exigiendo una explicación. Bennett y Pickett se liaron en una riña que el agente secreto describió del modo siguiente a su gobierno: "Me vi obligado en defensa propia a aplicarle ciertos escarmentos, y los ejecuté sin más armas que mis manos y mis pies. Despachado el asunto, me retiré inmediatamente con la creencia de que el incidente había terminado".¹⁹

La cuestión no acabó allí. La noche siguiente Pickett fué arrestado en su habitación del Hotel Iturbide, aunque se le permitió permanecer en ella. Pickett exigió que el gobierno mexicano respetase su inmunidad diplomática, cosa que se le rehusó, probablemente por gestiones de Corwin.²⁰ Lo llevaron luego a un "calabozo inmundo" donde estuvo treinta días, y finalmente, "para conservar mi libertad y quizá mi vida, no me quedó más remedio que recurrir al soborno".²¹

Fuera ya de la cárcel, y listo para salir de la capital, se detuvo en San Cosme para tratar de explicar las cosas a su gobierno, en un informe que es, según él, "uno de los más singulares que le ha tocado escribir en los tiempos modernos a un agente diplomático". Un informe, añadimos nosotros, que deberían examinar cuidadosamente los mexicanos interesados en conocer la suerte que les esperaba si hubiera ganado el Sur la Guerra Civil. Afirmaba que la Confederación contaba con muy pocos o con ningún amigo en la capital, por

lo menos entre los miembros del partido liberal. Lo atribuía al recuerdo que había dejado la cuestión de Texas y al temor de que el Sur esclavizara algún día a toda la población no blanca. Estas fábulas, difundidas por el embajador de los Estados Unidos, lo habían obligado a actuar en la forma en que lo hizo. Presenta luego bajo la mejor luz posible su nada airosa conducta:

He oído decir que "a los estadistas les gusta la gente audaz". Indudablemente tendrá que admitirse que mi empresa le ha ofrecido al gobierno de los Estados Confederados una oportunidad que quizá nunca vuelva a presentársele. A veces he tenido la convicción de que se me envió aquí con el fin expreso de provocar un incidente internacional de ese tipo. El hecho de que se me dejara durante seis meses sin ninguna clase de instrucciones me ha confirmado casi en esa impresión. Mis tratos con los conservadores (los cuales, después de todo, constituyen el partido decente del país) tuvieron el doble objeto de ganarlos para nuestra causa y de que se me considerase como intrigante peligroso y se me expulsase por ello del país, y cuando me arrestaron supuse en verdad que ésa era la causa. Por fortuna se interpuso el asunto de Bennett. Así México ha quedado mal ante los ojos de todas las naciones civilizadas, y al mismo tiempo he cortado el nudo gordiano de nuestra incipiente diplomacia en estas partes. Si mi gobierno aprovecha tan propicia situación, no habré sufrido en vano. Nuestro pueblo necesita una salida hacia el Pacífico. Diez mil hombres en Monterrey podrían [dominar] la porción septentrional de esta república. El comercio, y no la espada, completaría pronto la tarea...

Poco hay que decir de la situación en México. No puede ser peor. Todo el país es teatro del desorden, la rapiña y el asesinato. En cuanto a los asuntos externos, parecen irremediablemente rotas las relaciones con Inglaterra y con Francia, y en cualquier momento puede anunciarse la llegada de una expedición española a Veracruz.

Tales son los frutos de la victoria del llamado partido "constitucional". Con cuantos recursos tiene a la mano, el gobierno se prepara a hacer frente a la invasión, pero como yo comparto la creencia de que existe en el país un partido poderoso (el conservador) que se inclina a la restauración del dominio español, dudo mucho de que la resistencia, por desesperada que sea, tenga buen éxito. Cierto es que, para asegurarse esa colaboración, los aliados tienen que enviar fuerzas considerables, pues de otro modo todos los partidos de México se unirían en contra de una invasión mezquina, y los conservadores no se expondrían a un riesgo de tal

magnitud. Debo añadir que las potencias aliadas declaran que no es su intención venir a México en plan de conquista, pero la historia nos enseña que una guerra iniciada con un fin puede terminar logrando otro enteramente distinto. Por lo tanto, me inclino a creer que esta intervención significa la implantación de un gobierno fuerte en México y la entronización de un príncipe europeo (no forzosamente español).

Para mí, es claro qué papel tienen que desempeñar en esta crisis los Estados Confederados. Por lo que a nosotros se refiere, nuestra revolución ha quitado validez a la "Doctrina Monroe". Los españoles se han convertido ahora en nuestro aliados naturales, y juntos con ellos podemos ser dueños del Golfo de México y proceder a una repartición de este magnífico territorio. Hace unos años no se me hubiera ocurrido aconsejar una alianza con España, pero las revoluciones nos colocan en extrañas compañías, y ahora estoy dispuesto a abogar por una alianza que puede capacitarnos para detener la expansión del Norte.²²

Esta clara y abierta insinuación de que los Estados Confederados deberían unirse a España para repartirse el territorio de México debió parecerle a Pickett más factible cuando, al llegar a Veracruz, tuvo oportunidad de ver cómo el puerto se rendía a un escuadrón español; repitió entonces su insinuación, en forma más enfática.²³ Mientras esperaba un buque en Veracruz, recibió de Richmond órdenes de regresar. La causa de esta destitución no fué la conducta de Pickett, sino el hecho de que casi ninguno de sus informes había llegado a la capital confederada. A él se le dijo que el gobierno no creía ya necesario mantener un representante en México. Más tarde, Pickett descubrió lo sucedido con su correspondencia. De paso para Richmond, se detuvo en Tampico y habló allí con Santiago Tapia, gobernador de Tamaulipas, quien le informó de las órdenes que se habían recibido del Departamento de Correos de la Capital para que detuvieran toda la correspondencia confederada y la reexpidieran al gobierno. Así supo Pickett cómo todos sus papeles había ido a parar, sin duda alguna, a manos del embajador de los Estados Unidos.²⁴

De Tampico pasó Pickett a Nueva Orléans; aquí copió con sumo cuidado toda su correspondencia, y la puso en manos del administrador de correos de la ciudad, un tal Dr. Riddell. Más tarde se enteró de que Riddell era un hombre al ser-

vicio del Norte, y que remitió toda su correspondencia a los Estados Unidos.²⁵

EL ESFUERZO DE LOS ESTADOS CONFEDERADOS por establecer relaciones diplomáticas con México no tuvo, pues, ningún resultado. Quizá nunca hubo posibilidad de buen éxito, ya que desde el principio el gobierno de Juárez pareció convencido de que sus intereses exigían relaciones más estrechas con el Norte que con el Sur. El Sur se mostraba como defensor de la esclavitud y del expansionismo, posiciones aborrecibles al partido liberal y a los mexicanos todos. Si hubo alguna vez la posibilidad de inspirar cierta simpatía por la causa confederada, esa oportunidad se frustró por la conducta de Pickett. Como muy bien dijo Forsyth al presidente Jefferson Davis, la misión del agente secreto confederado era "delicada e importante". Pickett, a juzgar por su falta de tacto, nunca se dió cabal cuenta de las responsabilidades de su tarea. Cierto es que la Confederación consiguió alguna cosa en México, pues logró por un tiempo el favor de un caudillo del Norte, Santiago Vidaurri;²⁶ más tarde hubo un infructuoso intento de entrar en negociaciones con el gobierno de Maximiliano.²⁷ Pero la mejor oportunidad se perdió irreparablemente por la conducta de Pickett. Y toda la culpa fue del propio gobierno de la Confederación. La insolente actitud de Pickett hacia México y los mexicanos, su creencia de que muy pronto México sería presa de la intervención extranjera, y de que los Estados Confederados tenían el derecho y el deber de seguir su "destino" hacia el Sur, todo esto lo conocía muy bien el gobierno cuando designó a Pickett. Sabido es que estas ideas las compartían no pocas personas en los círculos oficiales de la Confederación. Si el Sur hubiera ganado, los Estados Confederados se habrían extendido en una sola dirección. La Guerra Civil supuso, pues, un grave riesgo para México.

Digamos una palabra final sobre la suerte posterior de Pickett, con quien México tiene contraída, quizá, una deuda de gratitud por haber hecho fracasar en tal forma su misión. A su regreso, le pareció conveniente retirarse del servicio diplomático confederado y seguir una breve carrera en el ejército. Luego, y hasta el fin de la guerra, se dedicó a especular

con algodón. Varias generaciones de historiadores le deben gratitud, pues fue Pickett quien, tras la evacuación de Richmond, se adueñó de algún modo de la correspondencia diplomática de la Confederación, vendiéndosela más tarde al gobierno de Washington; esto le valió una severa censura de parte de sus paisanos.²⁸ Tampoco perdió Pickett su interés por México. En 1864 escribió al presidente Davis diciéndole que la actitud hostil de México hacia la Confederación se debía a dos causas: una gran aversión a la esclavitud negra, y los naturales celos y temores que siente el pueblo más débil por el más fuerte. Para contrarrestar lo primero, según él, la Confederación debía defender la esclavitud explicando a los mexicanos lo bien tratados que estaban los esclavos, haciéndoles ver que el peonaje era realmente peor que la esclavitud, y que el Norte estaba planeando colonizar a México con negros protestantes de habla inglesa. Para combatir lo segundo, el Sur debería convencer a los mexicanos de que la revolución de Texas fue un "complot yanqui para establecer un estado anti-esclavista en el río Bravo"; que Texas fue colonizada primeramente por yanquis, y que su independencia fue reconocida por Martín Van Buren, presidente yanqui.²⁹ Pasada la guerra, volvió a despertarse el viejo espíritu filibustero de Pickett, y aceptó una comisión como general y jefe de Estado Mayor en el ejército mexicano de liberación que organizaba Antonio López de Santa-Anna en Nueva York.³⁰ Con la ayuda de Pickett, la aventura mexicana de Santa-Anna terminó en un fracaso tan rotundo como lo había sido seis años antes la misión mexicana de Pickett.

NOTAS

¹ Véase J. F. RIPPY, *The United States and Mexico*, Nueva York, 1926, pp. 230-251; F. L. OWSLEY, *King Cotton Diplomacy*, Chicago, 1931, pp. 88-145 y 527-549; B. J. HENDRICK, *Statesmen of the lost cause*, Nueva York, 1939, pp. 107-138 y 305-323; J. M. CALLAHAN, *The diplomatic history of the Southern Confederacy*, Baltimore, 1901, pp. 71-76 y 203-206.

² Forsyth a Davis, Washington, marzo 20 de 1861 (*Pickett Papers*, Manuscript Division, Library of Congress, Washington).

³ Fue Pickett quien otorgó al gobierno de Juárez el primer reconocimiento de un funcionario extranjero; esa iniciativa le costó su cargo,

del cual fue destituido por el presidente Buchanan. Más tarde fue re-
puesto, pero renunció cuando el Sur se separó. En esa ocasión se fue a
bordo de los barcos de guerra de los Estados Unidos anclados en Vera-
cruz, con la intención de conseguir que algunos de ellos se unieran a la
causa confederada, pero encontró que el "amor a la vieja bandera" era
aún más fuerte en puerto extranjero.—Pickett al coronel William P.
Johnson, Coyner's Springs, Virginia, octubre 31 de 1864 (*Pickett Papers*).

4 Esta alusión al Istmo de Tehuantepec pretende quizá atraer la aten-
ción de Judah P. Benjamin (procurador general de la Confederación en
esa época), el cual había estado profundamente interesado en los planes
de explotación del Istmo de Tehuantepec.

5 Pickett a Forsyth, Washington, marzo 13 de 1861 (*Pickett Papers*).

6 Toombs a Pickett, Montgomery, mayo 17 de 1861 (*Pickett Papers*.)

7 La mayoría de los embajadores de los Estados Unidos en México,
desde Joel Poinsett hasta Robert McLane, habían sido del Sur.

8 Toombs a Pickett, Montgomery, mayo 17 de 1861 (instrucciones
personales); Toombs al Secretario de Relaciones Exteriores de la Repú-
blica de México, Montgomery, mayo 17 de 1861; pasaporte de Pickett
(todo en *Pickett Papers*).

9 Apuntes sobre las instrucciones, mayo 17 de 1861 (*Pickett Papers*).

10 Pickett a Mata, Veracruz, junio 12 de 1861 (*Pickett Papers*).

11 Pickett a Toombs, Veracruz, junio 27 de 1861 (*Pickett Papers*).

12 Pickett a Toombs, México, julio 11 de 1861 (*Pickett Papers*).

13 *Ibid.*

14 Cuenta de gastos de Pickett (*Pickett Papers*).

15 Pickett a Toombs, México, agosto 1º de 1861 (*Pickett Papers*).

16 Pickett a Toombs, México, agosto 28 y 29 de 1861 (*Pickett Papers*).

17 Pickett a Toombs, México, septiembre 28 de 1861 (*Pickett Papers*).

18 Pickett a Toombs, México, octubre 29 de 1861 (*Pickett Papers*).

19 Pickett a Toombs, San Cosme, noviembre 29 de 1861 (*Pickett
Papers*).

20 OWSLEY, *op. cit.*, p. 118, nota 5.

21 Pickett a Toombs, San Cosme, noviembre 29 de 1861 (*Pickett
Papers*).

22 *Ibid.*

23 Pickett a Toombs, Veracruz, diciembre 31 de 1861 (*Pickett Papers*).

24 Pickett a Jefferson Davis, Richmond, enero 11 de 1864 (*Pickett
Papers*).

25 *Ibid.*

26 RIPPY, *op. cit.*, pp. 234-240; OWSLEY, *op. cit.*, pp. 119-145; CALLAHAN,
pp. 76-77.

27 RIPPY, pp. 240-251; OWSLEY, pp. 527-549.

28 CALLAHAN, *op. cit.*, pp. 11-25; Pickett al general George E. Pickett,
septiembre 17 de 1867 (*Pickett Papers*).

29 Pickett a Davis, Richmond, enero 11 de 1864 (*Pickett Papers*).

30 *Comisión* firmada por Santa-Anna y fechada en New Brighton,
Staten Island, Nueva York, el 27 de abril de 1867, donde se nombra a
Pickett "General de División y Gefe de mi Estado Mayor" (*Pickett
Papers*).